MITO Y CELIBATO

CELIBATO y mito, es el título de un artículo de una religiosa americana, la hermana Mary Raquel Dunne.

Y efectivamente —siguiendo la idea de esta monja americana— hay que reconocer que, en vez de aceptar lisa y llanamente la existencia de hombres célibes normales, estamos en la Iglesia haciendo muchas veces del celibato un mito.

No hemos vencido esas posturas superadas ya en nuestra cultura, pero que todavía perduran en ciertas mentes católicas. Dirigentes y dirigidos en la Iglesia tendrían que volver a leer —y meditar— las frases de Pablo VI que transcribo en mi artículo anterior. A través de ellas comprenderían cómo no se pueden seguir repitiendo estereotipadamente las razones que hasta ahora eran totalmente válidas para propugnar el celibato. La impresión que producen, a quien entiende un poco de psicología, es la de una ficción: una **racionalización**, diría un psicoanalista, que hace vivir a esos clérigos en un perpetuo engaño interior. Engaño que un día puede estallar en una profunda y grave crisis personal, que podía haber sido evitada con un poco más de inteligencia.

«Un estado célibe —dice el pedagogo Foerster— existirá siempre por causas completamente naturales». Eso es lo que la Iglesia no puede olvidar a la hora de hablar de estos problemas. Porque la base de toda actitud religiosa no puede ser sino un terreno sanamente natural. Sin espontaneidad no puede haber actitud correcta para un hombre religioso; y especialmente para un cristiano, que pretende tener la religión más estimable.

Como dice Pablo VI, las razones cristianas de aceptar este excepcional estado de vida no pueden estar montadas nunca en el vacío: tienen que partir de un terreno puramente natural. Si no hay una base así, construiremos un hombre ficticio, porque estará fundado sobre arena; sus cimientos humanos tendrán la inestabilidad propia de una persona inmadura. Y el celibato en él será una carga, no sólo para sí mismo sino para los demás. Su acción apostólica estará trabada por sus propios conflictos individuales, para perjuicio de todos. Y esto no son teorías, sino realidades que el que trata con clérigos puede apreciar todos los días.

En el mundo profano ha habido, a través de la historia, grandes hombres que han sido célibes. Filósofos de la antigüedad clásica como el idealista Platón, el dialéctico Heráclito y el místico Pitágoras. Historiadores de todas las épocas como Herodoto, Gibbon y Macaulay. Filósofos como Spinoza, Leibniz, Hume, Kant y Schopenhauer. Científicos y pensadores como Newton y Descartes. Pensadores políticos como Locke y Bentham. Músicos como Haendel, Beethoven, Mendelsohn, Brahms y Meyerbeer. Pintores como Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel.

Sin embargo hay que tener cuidado: hay dos tipos de célibes, los negativos y los positivos.

Nadie mejor que Marc Oraison ha analizado sus características.

LA caricatura del solterón que solemos conocer es justamente la expresión exagerada del tipo de célibe negativo. Ese «vieux garçon» egoísta, concentrado en sí mismo, a quien le falta la capacidad para amar. El Padre Balducci dice de estos clérigos: «Hay sacerdotes a quienes no podremos reprobar ninguna infracción grave de su voto de continencia sexual, y que, sin embargo, tampoco consiguen darnos una impresión de vitalidad espiritual: son solterones, resignados ya, que no saben lo que es el amor» («Por qué no se casan los sacerdotes», Ed. Eler).

La tragedia de estos hombres es más profunda de lo que parece a primera vista. Es un axioma evidente hoy que «a menos que una persona haya conocido lo que es ser amada verdaderamente, no puede creer en el Evangelio» (Hna. Mary Raquel Dunne, «The National Catholic Reporter»). El cristianismo no es una religión cualquiera, es la religión del amor. Y ¿qué puede entender de ella el que la vive abstractamente, administrativamente, como ocurre con algunos?

El Padre Balducci, muy acertadamente, atribuye esto a una causa básica: a haber escogido el sacerdocio sin verdadera libertad. Jurídicamente parece que se ha elegido libremente, pero vitalmente, no. En unos habrá sido el clima envolvente de piedad y de heroicidad con que se le ha presentado el sacerdocio, apelando a un sentimiento de superioridad. En otros, será el haber seleccionado a este clero «por motivos oportunistas a menudo» entre los económicamente muy débiles, de los que sólo se conseguía un sacerdocio semi-voluntario, porque veían a veces una elevación social, que era imposible en su medio social campesino. «Este hecho —que él valora como positivo— es una de las explicaciones de la disminución de vocaciones sacerdotales que se registra en Italia», porque se eliminan los inaptos. Disminución que es buena, si con ella se seleccionan los verdaderamente libres en el futuro.

Pero no sólo está el mal en las condiciones del medio social por las que se hacen algunos sacerdotes, sino, sobre todo, en la terrible pregunta que se hace este religioso italiano, buen teólogo y sincero pensador. Pregunta que nos hemos hecho tímidamente los católicos en estos últimos años, aunque muchos anticlericales la habían planteado bien conscientemente, y no habíamos hecho ningún caso de ella. Las disposiciones sobre los seminarios, del Concilio de Trento, fueron en parte buenas y, en parte, han dado lugar a esta cuestión. Porque, «¿qué saben los adolescentes custodiados en un recinto abarrotado de sugestiones religiosas, y falto de los espectáculos cotidianos de la vida; qué saben del sexo, de la mujer, del amor y de la familia?», dice este religioso.

«El joven que acepta la virginidad debe tener una justa concepción de las fuerzas sexuales, y del hecho de la distinción de los sexos... Una depreciación de la esfera sexual, con el fin —aunque sea perseguido inconscientemente— de facilitar la renuncia, puede surtir efectos desastrosos» (W. Bertram, «El Celibato Sacerdotal». Roma).

Eso es lo que hemos visto hasta hace poco; y que ahora, en medio de la crisis de los seminarios, esperamos pueda desaparecer. A menos que la incomprensión de los superiores convierta la crisis en una batalla puramente negativa, de pésimos resultados para el porvenir, porque el mundo de los seminaristas queda frustrado humana y religiosamente.

LOS ejemplos de grandes hombres célibes, aunque sean excepcionales, nos muestran que si la Iglesia sigue afirmando la conveniencia del sacerdocio y del celibato unidos entre sí en una misma vocación, no todo hombre apto para el sacerdocio puede serlo para el celibato.

Son dos cosas distintas. Y esta distinción no ha sido tenida sufi-

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

cientemente en cuenta. Pero ahora el Papa mismo pide que el clima de formación y selección sea el adecuado para esta doble llamada excepcional.

EL célibe que podríamos llamar **profano** —no por motivos religiosos— es el que «descubre —con normalidad y espontaneidad— que le es preferible una realización de sí mismo distinta de la que se consigue a través del amor de una pareja; sino mediante una entrega a una relación con los demás, que no es compatible con esta vida excluyente de un solo hombre unido a una sola mujer» (Marc Oraison, «Le célibat»).

No es un egoísta esta clase de célibe, sino todo lo contrario. Es alguien con un cometido para el servicio de los demás: filosofía, ciencia, arte, apostolado, acción social, que descubre como un valor vital, al que se siente llamado íntimamente. No es un hombre artificioso que se plantea intelectualmente **su problema**, sino un hombre que lo vive en sus entrañas con serenidad y se decide, libremente, por esta entrega que vive en su experiencia humana incipiente.

En segundo lugar, ese hombre, estos célibes positivos lo son porque «no perciben la experiencia sexual como válida, sino en la relación de una pareja, y entonces —a causa de esa sublimación por un ideal humano más amplio— deciden ser espontáneamente continentes en general» (Marc Oraison, ídem).

No desprecian el sexo, pero lo subliman. «El valor primordial de la vida —que es el sexo—, aunque lo sientan como tal, les aparece, sin embargo, como insuficiente en último extremo para responder a sus aspiraciones» (Marc Oraison, ídem).

Lo importante es que estos hombres no corrientes, pero normales, «perciban esto antes de hacer la experiencia del amor entre hombre y mujer» (ídem). Su decisión está polarizada por una auténtica dedicación al otro; pero en vez de decidir preferentemente una relación intensiva (de uno con una) eligen, sobre todo, una relación extensiva (de uno con muchos).

Eso requiere un cambio a fondo de la educación de los futuros clérigos. Si no se tienen en cuenta estos factores psicológicos; si se quiere falsamente hacer entrar a cualquiera por este aro del celibato, no haremos sino desviados psíquicos.

Esos desviados son los que el Padre Balducci analiza agudamente en cuatro grupos: los ambiciosos, los activistas, los paternalistas y los sobrenaturalistas.

A continuación transcribo las frases textuales de este teólogo.

Todos ellos coinciden en que «se les apoderan los instintos egoístas de afirmación de sí y de auto-defensa...

La **ambición**, de que dan muestra algunos de esos clérigos, es un problema grave, porque «a menudo se camuflan bajo nobles causas».

Otro tipo de clérigo, es el que se entrega a un **activismo** desenfrenado, a esa herejía de la acción de que habló Pío XII. Es un inquieto que no atiende a las personas, sino a individuos que se miden por la cantidad y no valoran en ellos la intimidad, ni la comprenden. Su nerviosismo constante los denuncia.

Otros son los **paternalistas** que «poseen celosamente, tras haberla creado, una numerosa familia espiritual. La víctima de tal desviación se distingue por la manía de acaparar conciencias».

Los últimos son los **titanes espirituales**. Son «ascetas que no nos convencen...; erguidos más por el desaire que por el amor...».

Sobre todos estos sacerdotes recae la responsabilidad de la universal congelación del amor de Dios.

Nuestra conclusión —por tanto— debe ser ésta: «una virginidad sin amor, es peligrosa».

¡y qué trajes de baño!

con

enkaswing®
fibra elastómera

la asombrosa fibra
extraordinariamente
elástica que permite
una silueta
* firme
* flexible
* femenina

Una fibra resistente al sol
agua, salitre, cosméticos...
¡a todo!
Acostúmbrese desde ahora
a pedir la etiqueta dorada

enkaswing®
en sus trajes
de baño

enkaswing®

Fibra elastómera producida por
La Seda de Barcelona, S. A.
Solicite información a:
Iberenka, S. A. - Apartado Postal 1930

IBERENKA 3.67